

ha debido acudirse á la Santa Sede en el presente asunto, que la pertenece principal y finalmente: principalmente, porque ella transfirió el imperio de Oriente á Occidente; y finalmente, porque da la corona imperial.» Estendiendo tambien esta pretension á todos los Estados en general, prosigue: «cada rey tiene su reino particular; mas Pedro tiene la preeminencia sobre todos los Estados como Vicario de aquel á quien pertenecen el mundo y todos sus moradores.»

El escándalo que daba en Francia la conducta de Felipe Augusto respecto á su esposa legítima Ingelburga, no escitó menos la atencion del Papa Inocencio que las disensiones de Alemania. Muy diverso del Papa Celestino, que no habia podido sostener la energía con que al principio habia reprendido á este príncipe, Inocencio emprendió el mismo asunto y le prosiguió con vigor hasta su consumacion. Apenas se halló colocado en la Cátedra de San Pedro, escribió con este fin á Eudes, obispo de Paris, que tenia, como su predecesor Mauricio, el sobrenombre de Sulli. Era Eudes hijo de Archambaldo, señor de Sulli, y reunia á la nobleza de esta calidad una pureza de costumbres que principió á mostrarse desde sus primeros años, una caridad generosa que hacia de todos sus bienes el patrimonio de los pobres, y aquel espíritu de celo que en un obispo va siempre acompañado de la piedad. El Papa, no contento aun con haber puesto en movimiento á este virtuoso prelado, escribió por sí mismo al rey Felipe para exhortarle á que asegurase el estado de su conciencia.

Algun tiempo despues repitió otra carta cuando le envió el legado Pedro de Cápua, así para este asunto como para procurar la paz entre la Inglaterra y la Francia y promover una nueva cruzada. A su llegada á la capital de Francia supo este legado que

todos los años el primer dia de enero, no obstante la fiesta de la Circuncision, se hacia en la catedral una diversion profana, llamada la fiesta de los locos. Cometianse en ella mil indecencias y excesos de toda clase, que correspondian perfectamente al nombre que tenia. Usó Pedro de Cápua de la autoridad de que era depositario para corregir este abuso. Asimismo el obispo Eudes promulgó una ordenanza, por la que arreglaba individualmente el ceremonial de este dia; obligó á los canónigos á permanecer con modestia en sus sillas, y señaló las distribuciones que debian cesar si volvian á producirse los desórdenes. Es de presumir que quedaron reprimidos, mas no fueron abolidos del todo, pues hallamos aun la fiesta de los locos al cabo de doscientos cuarenta años despues.

Buscó entretanto el legado los medios de reconciliar á los dos monarcas, y pudo conseguir se tuviese una conferencia en los confines de ambos reinos, entre Andeli y Vernon. Numerosa fué la asamblea y las exhortaciones muy vivas, pero no se pudo conseguir el fruto de la paz. No obstante, concluyóse una tregua de cinco años, que apenas se observó por espacio de los tres meses empleados en pedir la confirmacion pontificia.

Bastaba la mas leve ocasion para que Ricardo lo alterase todo y se empeñara en las empresas más peligrosas. Habiendo hallado un tesoro el vizconde de Limoges su vasallo, le envió aquella parte que era correspondiente como á su señor feudal. Pretendió Ricardo que el tesoro le pertenecia por entero, y al punto fué á sitiar al vizconde en su castillo de Chatelus (1199). Aquí fué el término de las inquietudes y de la vida de este príncipe, hombre grande en la guerra, genio superior, soberano imperioso, vecino inquieto y aliado casi insociable. Al reconocer la plaza reci-

bió un golpe de ballesta, del cual murió el 6 de abril de 1199, dando muestras poco esperadas de penitencia. Fué tomada la plaza por asalto, y el que le hirió quedó á su discrecion. Mandándole que se acercase á su cama, éste hombre que creia caminar á la muerte, quiso antes hacerse honor despreciando los suplicios mas terribles; principió á echar bravatas y habló insolentemente al mismo rey Ricardo. Casi espirando le dijo éste con dulzura: «amigo mio, vos me dais la muerte, y yo os concedo la vida para imitar á nuestro Señor que perdonó á sus verdugos (1).» Quiso que le enterraran en Fontevrault á los pies del rey su padre, como para darle satisfaccion de la guerra con que le habia hecho tan grande ofensa.

No solo tuvo el rey Ricardo que acusarse de muchas debilidades y faltas secretas, sino tambien de muchos vicios capitales y tan notorios que no fueron menos conocidos en Francia que en Inglaterra. Foulques de Neuilli, aquel hombre extraordinario que en su tiempo arrastraba á todo el mundo con la vehemencia de sus predicaciones y de sus amonestaciones apostólicas, se dirigió cierto dia á este príncipe, y con el estilo figurado, que le era familiar, le dijo: «de parte de Dios Todopoderoso os encargo que caseis cuanto antes á tres jóvenes perdidas que teneis.» — «Hipócrita, contestó bruscamente Ricardo, tú mientes, yo no tengo esas jóvenes.» — «Tres teneis, replicó Foulques, y de las cuales es preciso que os separeis, no sea que os suceda alguna cosa peor: estas son la soberbia, la avaricia y la lujuria.» — «En hora buena, dijo el rey, volviéndose con maligna sonrisa hácia sus barones; doy mi soberbia á los templarios, mi avaricia á los monges del Cister y mi lujuria á los prelados de

(1) Roger. ann. 1199, pag. 790.

la córte.» A pesar de todos estos vicios, Ricardo tuvo la facilidad de conservar la fé, que se reanimó en la hora de la muerte y dió buenas esperanzas de su salvacion. Las flaquezas y los extravios de aquellos tiempos de sencillez no llevaban en pos de sí, como sucede en un siglo que se cree mas filósofo y racional la adhesion inmutable al crimen y la desesperacion de la apostasia.

Foulques de Neuilli, llamado así de la villa de este nombre, situada sobre el Marne entre Paris y Lagni, de donde era cura, fué encargado de predicar la cruzada, primero por el legado Pedro de Cápua, y despues por el Papa Inocencio, á consecuencia de la elevada reputacion que este buen sacerdote se habia adquirido hasta en las regiones mas distantes. La ignorancia y la mala educacion le habian precipitado al principio en una vida disoluta; mas habiéndole Dios tocado despues en el corazón, puso al punto su parroquia en el mejor estado, estendió luego su celo de uno á otro pueblo exhortando á todos al desprecio de las cosas del mundo, y haciendo una guerra irreconciliable á los escandalosos, en particular á las mugeres de malas costumbres y á los usureros de que abundaba mucho su vecindario; pero como era muy sencillo y poco versado en letras, apenas recogió mas fruto en el espacio de dos años que risas y desprecios.

Para adquirir la ciencia, cuya necesidad no se le ocultaba, se decidió á ir á Paris en el discurso de cada semana á oír á los doctores. En un librito de memorias recogia los textos mas convenientes de la Escritura, algunos pasajes notables de los Santos Padres y algunas máximas de moral: las meditaba luego y formaba las instrucciones que predicaba el domingo siguiente. Pedro el Cantor, uno de los doctores mas nombrados de su época, y cuyas lecciones iba frecuentemente á aprender, quedó prendado de su

fervor y se interesó vivamente en el buen éxito de sus trabajos. Cierta día le hizo predicar en París en la iglesia de San Severino, y asistió él al sermón acompañado de muchos de sus discípulos; y fué tal la eficacia que dió Dios á las palabras del piadoso orador, que llenos de admiración su maestro y los demás concurrentes, exclamaron que el Espíritu Santo hablaba por la boca de Foulques. Desde este momento todos los doctores y estudiantes corrían en gran número á sus sermones, llegando á ser tan grande el concurso que no cabían en las iglesias.

Predicando en la plaza de los Campos, es decir, en los mercados, delante un numeroso concurso de clérigos y pueblo, habló de las postrimerías con tanta fuerza, que muchos se postraron compungidos en su presencia con los pies descalzos y en camisa haciendo una confesión pública de sus pecados, presentándole las varillas y las correas y abandonándose á su discreción. Foulques, dando gracias á Dios, los abrazaba derramando lágrimas, los confirmaba en sus buenos propósitos, y daba á cada uno los consejos convenientes. Muchos usureros restituyeron lo mal ganado, las barraganas detestaban sus infamias y se cortaban los cabellos para consagrarse á una humilde penitencia, y él promovió la fundación de la abadía de San Antonio á fin de asegurarlas un retiro.

Tal autoridad adquirió, que los escolares y los doctores concurrían á su vez con sus tabletas ó libritos de memoria para recoger lo posible de sus sermones y hacer uso de ello en sus propios discursos. Aunque sencillos en el fondo los de Foulques, por su claridad, por el tono de razón que sabía conciliar con el de la piedad, independientemente de la santa unción que rebotaban, tenían mas atractivo que aquella masa de divisiones y subdivisiones arbitrarias, de

lugares comunes, de alegorías forzadas y de alusiones pueriles que encontramos casi inertes y sin raciocinio en los sermones de entonces, sin exceptuar los de Esteban de Tournay y de Pedro de Blois. También Foulques exhortaba á los doctores á abstenerse de las vanas sutilezas y de las cuestiones superfluas, á buscar en sus instrucciones la exactitud y la utilidad, y á mezclar aquellas gracias juiciosas que las hacen gratas sin debilitarlas (1). Muchos sabios hubo que se gloriaron de ser sus discípulos y compañeros en su carrera apostólica; entre otros Pedro el Cantor, el abad de Perseigne del orden del Cister, y Alberico, arcediano de París, que después fué arzobispo de Reims.

Igualmente ejerció Foulques su predicación apostólica en toda la Francia, en la Flandes, la Borgoña y en gran parte de Alemania. Disputábase los obispos la gloria de llevarle á sus diócesis, y por do quiera era recibido como un ángel descendido del cielo. Nada tenía de singular en su exterior ni en su método de vida: viajaba á caballo, y comía sin melindre lo que le presentaban. No dejó el Señor de comunicarle el don de milagros en grado muy elevado. Curaba toda especie de enfermedades con sola la imposición de las manos ó con la señal de la cruz; pero no usaba de este poder indistintamente con todos los enfermos que se lo pedían. Negábalo absolutamente á algunos, por cuanto su curación, decía, no era saludable á su salvación; y á otros les decía que aún no habían hecho bastante penitencia. Un día algunas personas de la nobleza que tenían un joven de su familia imposibilitado de todos los miembros, se le presentaron para que le curase; principió dándoles una fuerte reprensión sobre la vanidad de sus adornos, y después curó inopinada y perfectamente al enfermo (2).

(1) Ott. a S. Blas. cap. 47.

(2) Ott. *ibid.*

Habiendo sido autorizado por la Santa Sede para emplear en la predicación de la Cruzada á los que creyese á propósito elegir entre los monges negros ó cluniacenses, los monges blancos ó bernardos y los canónigos reglares, principió cruzándose á sí mismo. Siguiéron inmediatamente su ejemplo una multitud de gentes de toda condición, queriendo todos á porfía recibir de su mano la cruz, siéndole imposible complacer á todos por ser tantos. Prometíanse ellos el buen éxito de una empresa, á la cual sabían que les debía guiar. Los donativos de toda especie que pusieron en sus manos para los gastos de la expedición, ascendieron á sumas prodigiosas; pero á pesar de su desapego de todas las cosas perecederas, decayó con eso considerablemente su reputación y su autoridad: tan cierto es que se siguen muchos inconvenientes, aun á los eclesiásticos mas santos, de mezclarse en este género de administración. Los principales señores que tomaron la cruz á impulso de sus predicaciones fueron Tibaldo V, conde de Champaña, y Luis, conde de Blois, uno y otro primos hermanos del rey de Francia y sobrinos del de Inglaterra; Simon de Monforte, tan famoso después por sus triunfos contra los albigenses; Godofredo de Villa-Harduino, mariscal de Champaña y autor de la Historia de esta cruzada; los señores de Montmiral, de Montmorenci, de Laval y de Dampierre.

El celo de la guerra santa no impidió de manera alguna al legado Pedro de Cápua promover con viveza la causa de Felipe Augusto y de Ingelburga. Inocencio, cuya obligación era sostener la santidad é indisolubilidad del Sacramento, aseguraba al rey que si comenzaba despidiendo la esposa ilegítima se le abrirían todas las vías de derecho para proceder después á la declaración de nulidad del primer matrimonio; mas no habiendo hecho caso el rey de la primera ni de la se-

gunda monición jurídica, el legado recibió orden de obrar. Cuando ya iba á efectuarlo, apeló Felipe al Papa. Por último, después de un plazo conveniente, que ni aun era necesario en aquellas circunstancias, se puso el entredicho y por consiguiente quedó vengada la regla de las costumbres. Armado Inocencio III con la fé y sumisión de los pueblos, obligó de este modo á Felipe á observar la ley común, y la hizo tanto mas sagrada para todos, cuanto que ni aun el mismo rey podía eximirse de ella. En cuanto á la medida en sí misma, era tan conforme al espíritu de aquel tiempo, que nadie puso en duda el derecho del Pontífice y su sentencia fué recibida y ejecutada por todas las iglesias del reino. Los obispos, luego que recibieron (1200) la orden de observar el entredicho so pena de suspensión, se conformaron tan puntual y generalmente con las intenciones del Papa, que habiendo resuelto Felipe el matrimonio de Luis su hijo con doña Blanca de Castilla, se vió precisado á celebrarle entre Vernon y Andeli, en los Estados del rey de Inglaterra, tío de esta princesa (1). Enfurecióse Felipe contra el clero en los primeros impulsos de su resentimiento; arrojó á muchos obispos de sus Sillas; desterró sus canónigos y clérigos; desposeyó de sus curatos á los párrocos, y se apoderó de sus bienes. Sin embargo, poco después, movido de los clamores de su pueblo y de los gritos de su propia conciencia, entabló una negociación directa con el Sumo Pontífice, é intentó componerse mejor con él que con el legado. Inocencio exigió que este príncipe comenzase por volver á unirse con Ingelburga, mirando como de ningún valor la sentencia pronunciada en Compiègne.

Felipe, cuya aversión á Ingelburga igua-

(1) Roger. pag. 802; Rigord. pag. 44.

laba á la afición que tenia á Inés, apeló en situación tan penosa á los consejos de algunos prelados y señores para saber el partido que debia tomar. Respondiéronle todos á una voz, sin esceptuar el arzobispo de Reims su tío, que era forzoso prestar obediencia á la Santa Sede. «Luego la sentencia que pronunciásteis en Compiègne, replicó mirando al arzobispo, fué una pura ilusión.» Y no osando el prelado decir lo contrario, le trató el rey de juez inconsiderado y perverso. No obstante, separóse de Inés y volvió á tomar á Ingelburga á fin de reponer por este medio las cosas en su primer estado, y proceder en forma á un nuevo juicio. Entonces se levantó el entredicho, presijóse tiempo para prepararse á este juicio definitivo, y el Papa escribió así á la reina como al rey de Dinamarca su hermano, que se dispusiesen á defender bien su causa (1).

Esta prudente lentitud y la muerte de Inés de Merania que sucedió en este intervalo, y que fué mirada como un castigo del cielo, allanaron la mayor dificultad. El asunto se terminó en el año de 1201 en un concilio de Soissons, mas de un modo del todo inesperado. Los enviados del rey de Dinamarca, despues de haber propuesto el estado de la cuestion, interpusieron apelacion con Ingelburga al tribunal del Sumo Pontífice y se retiraron al punto. Alegaron por causa, que Octaviano, cardenal obispo de Ostia y legado apostólico, les era sospechoso. Llegó tambien tres dias despues á Soissons el cardenal Juan de San Pablo asociado á la legacion de Octaviano. La probidad de Juan no era equívoca. Señaló su desinterés y delicadeza rehusando admitir hasta los mas pequeños presentes del rey Felipe, é inspiró á todos la entera y justa confianza que en él depositaba el Papa Inocencio. No pudo la reina Ingelburga negar-

(1) Gest. Innoc. num. 52.

le los mismos sentimientos; pero despues de la precipitada marcha de los defensores que le habia enviado el rey su hermano, no tenia ya nadie que defendiese su causa. En tan critica situacion y teniendo en poco todo respeto humano, un clérigo desconocido y pobremente vestido se adelantó de en medio de la multitud y pidió al rey y á los legados el permiso de defender la inocencia; permitierónselo, y su elocuencia y su erudicion justificaron su magnanimidad. Todos quedaron enternecidos: el cardenal Juan de San Pablo persuadido de que este enlace era legitimo se dispuso á fallar en favor del matrimonio (1201).

Retiróse el rey Felipe muy turbado, salió de Soissons al amanecer sin anunciar su partida: llevó en su compañía á Ingelburga, é hizo decir luego al prelado que la reconocia por esposa y que no instaria mas en la separacion. Es verdad que la encerró inmediatamente en el castillo de Etampes, como en una prision honesta, donde la suministró lo preciso para su decorosa subsistencia. Durante esta detencion, que fué todavía larga, renovó Felipe sus tentativas para ablandar al Papa, quien permaneció inflexible, mas sin exasperar al rey con una precipitacion ó un rigor extraordinario. Se esforzó en hacer conocer las causas de su aparente dureza al mismo príncipe que tenia por objeto: le representó el escándalo que causaria la disolucion de un matrimonio tan solemne y de cuya consumacion no podia dudarse prudentemente; y concluía diciéndole que no tenia potestad para dispensar de una ley de disciplina general sin un motivo justo y razonable. Rindióse por fin el rey Felipe: sacó á la reina Ingelburga del castillo de Etampes, y esta accion causó en todos sus pueblos un gozo indecible.

Atento á todo Inocencio III, supo que Alfonso, rey de Leon, no queria de modo alguno separarse de Berenguela, hija de Al-

fonso rey de Castilla, su primo hermano, con quien habia casado contra las leyes canónicas. Para este objeto envió á España á Reinerio, monge del Cister, quien despues de reiteradas moniciones señaló al rey de Leon lugar y dia fijos para comparecer ante él. No se presentó el príncipe, y Reinerio pronunció excomunion contra su persona y el entredicho en todo el reino (1202). Habiendo declarado el rey de Castilla que estaba pronto á recibir su hija si se la enviaban, no se fulminó contra él ninguna censura (a).

(a) No era esta la vez primera que por igual motivo descargaba la iglesia sus rayos sobre este monarca. Alfonso IX de Leon habia sucedido á su padre Fernando II, que despues de treinta y un años de reinado murió en Benavente á 21 de enero de 1188, y de quien dice el P. Mariana «fué tenido por mas aventajado y mas á propósito para la guerra que para el gobierno.» Al año siguiente de su coronacion se casó Alfonso con doña Teresa, infanta de Portugal, hija de su primo hermano el rey don Sancho. Luego que el Sumo Pontífice Clemente III tuvo noticia de este matrimonio, procuró por medio de su legado que se declarase por nulo, como efectivamente lo era; pero los reyes alegaban varios pretestos para no separarse. Mas de nada sirvieron esos pretestos: el Papa nombró su legado para terminar esta cuestion á Jacinto, cardenal de Santa Maria en Cosmedin; pero habiendo fallecido entretanto Clemente III, y sido elevado Jacinto á la Santa-Sede con el nombre de Celestino III, quedó por entonces suspendida la legacion. Celestino trató el negocio con grande cuidado, dió sus instrucciones y envió á España al cardenal Gregorio de San Angelo. Este juntó en Salamanca un Concilio de los prelados de Leon y Portugal, de los cuales la mayor parte declararon nulo el matrimonio; mas los obispos de Leon, Astorga, Salamanca y Zamora no asistieron al congreso, y persistieron en defender el matrimonio como válido, apoyados en los pretestos que alegaban los mismos reyes. El cardenal legado pronunció la sentencia de excomunion contra los cuatro prelados, y amenazó y por último puso entredicho en los reinos de Leon y Portugal. Finalmente, despues de muchas conferencias y deliberaciones, se resolvió Alfonso á la separacion y envió á doña Teresa á Portugal, la que en adelante vivió con tanta perfeccion y virtud que vino á merecer el título y veneracion de Santa, y como tal (dice Ortiz) fué declarada por Clemente XI en 1705.

Las mútuas guerras que ocurrieron despues entre Alfonso de Leon y Alfonso de Castilla y los deseos de ajustar las paces, dieron ocasion al enlace del rey de Leon con doña Berenguela, hija del rey de Castilla, enlace que se efectuó á mediados de 1197. La infanta era la muger de mas amables prendas que se conocia por su gran virtud, extraordinarios talentos, sensibilidad, hermosura y demas dotes personales, con las que se granjeó todo el corazon de su esposo y de su reino que go-

B. del C., tome XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

Por este mismo tiempo confirmó Inocencio III la orden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos. Despues de tan tristes revoluciones suscitadas en el trascurso de algunos años en los Estados cristianos del Oriente, era excesivo el número de los fieles conducidos al cautiverio, y sus soberanos no estaban en estado ni de cangearlos por otros cautivos ni de pagar su rescate. Pudriáse en las cadenas estos desdichados prisioneros sin esperanza alguna de libertad y, lo que era aun mas funesto, con gran peligro de perder su fé y su salvacion. San Juan de Mata, natural de la Provenza y afectado mas que otro alguno por tan grande calamidad, se unió con un santo solitario llamado Felix de Valois, quizá porque era de la familia Real de la casa de Valois, y los dos resolvieron consagrarse

berno ella misma con indecible acierto. Habíasele querido casar antes con Conrado, hijo del emperador Federico de Alemania llamado Barbaroja; pero doña Berenguela no queria ir á Alemania y así por autoridad de don Gonzalo, arzobispo de Toledo, y de Gregorio, cardenal de San Angelo, ase apartó este desposorio, dice Mariana. El enlace que ahora contraía con don Alonso de Leon era incestuoso y semejante en todo al que se habia visto precisado Alfonso á disolver. El Papa Inocencio III renovó entonces todas las providencias que diera antes su predecesor, y se puso el entredicho en el reino de Leon. Enviaron los reyes de España sus embajadores á Roma para obtener la necesaria dispensa del parentesco, mas ninguna representacion bastó á inclinar el ánimo del Sumo Pontífice, queriendo este que quedase definido y asentado en España que no pertenecia á la potestad temporal dispensar en los impedimentos del matrimonio. Disolvióse en fin al cabo de siete años aquel enlace, y el rey fué absuelto de la censura en octubre de 1204, como lo nota él mismo en una donacion á don Lope, obispo de Astorga, diciendo: *Facta carta apud Asturicam mense octobris die illa qua ego proedictus rex Dominus Alfonso absolutus fui a vinculo excommunicacionis, Era MCCXLII.* No obstante la invalidez del matrimonio de Alfonso con Berenguela, fué él para nuestra España el principio de grande gloria, pues en 1200 dió á luz Berenguela al glorioso San Fernando, honor eterno de España y de sus augustos monarcas, azote de los moros y restaurador principal de la monarquía española. Alfonso tuvo otros cuatro hijos de Berenguela, los cuales al tiempo de la separacion quedaron todos legitimados, y el príncipe San Fernando jurado heredero y sucesor de su padre en aquel reino con aplauso general de los estados. Véanse Ferreras, tom. 8; Mariana, lib. 11; Ortiz, lib. 8, cap. 6. (N. del E.)